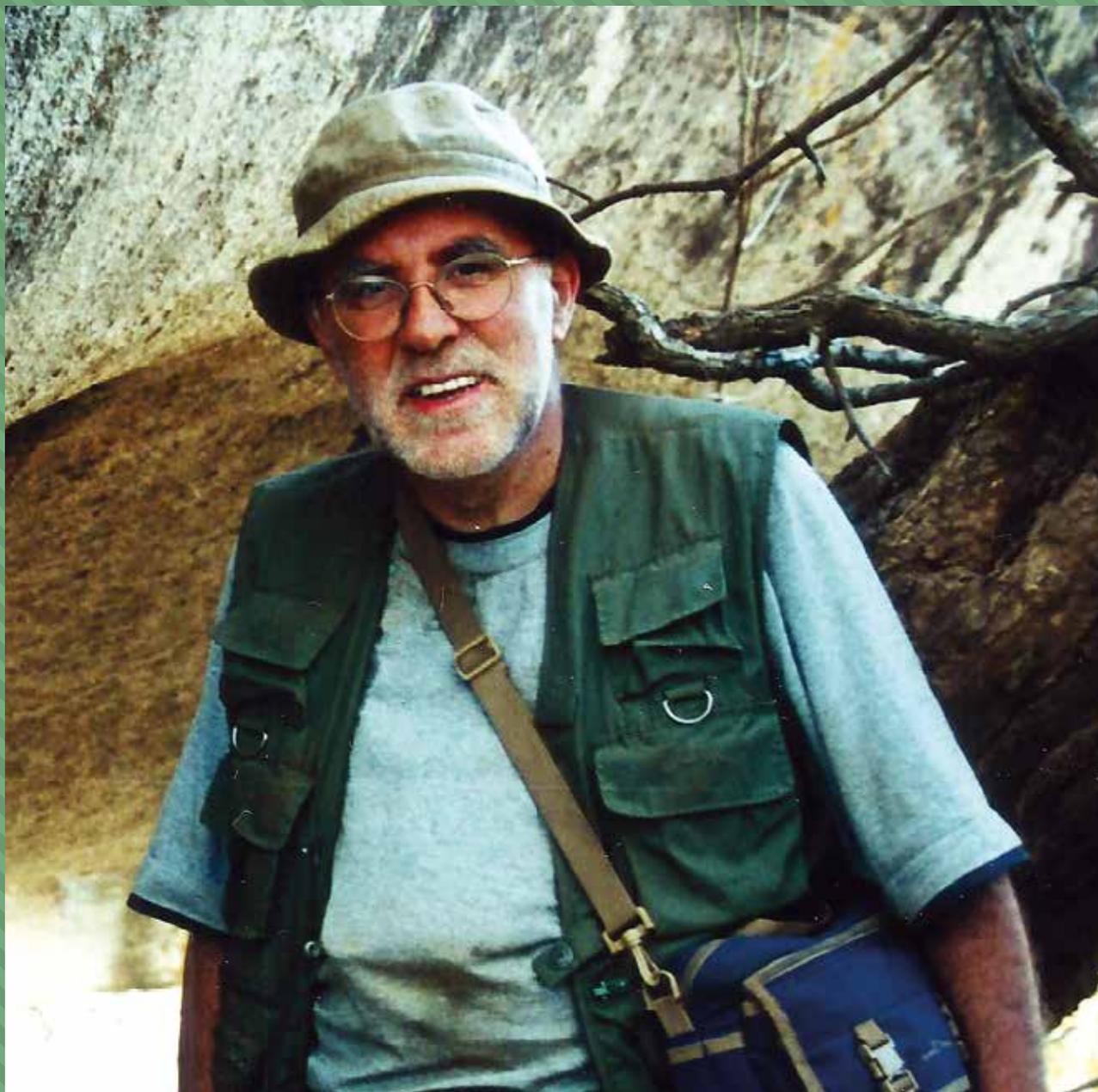




ANEJOS DE

na:ilos

Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología



A6

Mayo 2020
OVIEDO

Anejos de NAILOS
Número 6
Oviedo, 2020
ISSN 2341-3573

Asociación de
Profesionales
Independientes de la
Arqueología de
Asturias

Anejos de
Nailos
Estudios Interdisciplinarios
de Arqueología

**Jornadas de Arqueología Española
en el Exterior**

**Víctor M.
Fernández Martínez,
arqueólogo africanista**

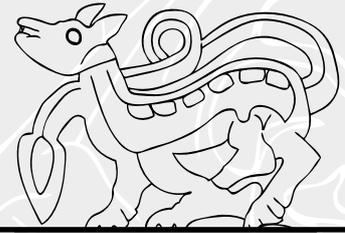
**Fructuoso Díaz García
Juan R. Muñiz Álvarez
(coordinadores)**

Oviedo, 2020



ANEJOS DE **na:los**

Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología



Consejo Asesor

José Bettencourt
Universidade Nova de Lisboa

Rebeca Blanco-Rotea
*Universidade de Minho /
Universidad de Santiago de
Compostela*

Miriam Cubas Morera
Universidad de York

Camila Gianotti
*Universidad de la República
(Udelar)*

Adolfo Fernández
Fernández
Universidad de Vigo

Manuel Fernández-Götz
University of Edinburgh

Juan José Ibáñez Estévez
*Institución Milá i Fontanals,
CSIC*

Juan José Larrea Conde
Universidad del País Vasco

José María Martín Civantos
Universidad de Granada

Aitor Ruiz Redondo
Université de Bordeaux

Ignacio Rodríguez Temiño
Junta de Andalucía

José Carlos Sánchez Pardo
*Universidad de Santiago de
Compostela*

David Santamaría Álvarez
Arqueólogo

Consejo Editorial

Alejandro García Álvarez-Busto
Universidad de Oviedo

César García de Castro Valdés
Museo Arqueológico de Asturias

María González-Pumariega Solís
Gobierno del Principado de Asturias

Carlos Marín Suárez
Universidad de la República, Uruguay

Andrés Menéndez Blanco
Arqueólogo

Sergio Ríos González
Arqueólogo

Patricia Suárez Manjón
Arqueóloga

José Antonio Fernández
de Córdoba Pérez
*Secretario
Arqueólogo*

Fructuoso Díaz García
Director

Fundación Municipal de Cultura de Siero

nailos

**Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología**

ISSN 2340-9126
e-ISSN 2341-1074
C/ Naranjo de Bulnes 2, 2º B
33012, Oviedo
secretario@nailos.org
www.nailos.org

Anejos de NAILOS nº 6. Mayo de 2020
© Los autores

Edita:

Asociación de Profesionales
Independientes de la Arqueología
de Asturias (APIAA).
Hotel de Asociaciones Santullano.
Avenida Joaquín Costa nº 48.
33011. Oviedo.
apia.asturias@gmail.com
www.asociacionapiaa.com

Lugar de edición: Oviedo

Depósito legal: AS-01572-2013



CC BY-NC-ND 4.0 ES

Se permite la reproducción de los artículos, la cita y la utilización de sus contenidos siempre con la mención de la autoría y de la procedencia.

NAILOS: Estudios Interdisciplinarios de Arqueología es una publicación científica de periodicidad anual, arbitrada por pares ciegos, promovida por la Asociación de Profesionales Independientes de la Arqueología de Asturias (APIAA)

Bases de datos que indizan la revista | Bielefeld Academic Search Engine (BASE); Biblioteca Nacional de España; CAPES; CARHUS Plus+ 2014; Catàleg Col·lectiu de les Universitats de Catalunya (CCUC); Catalogo Italiano dei Periodici (ACNP); CiteFactor; Copac; Dialnet; Directory of Open Access Journals (DOAJ); Dulcinea; Elektronische Zeitschriftenbibliothek (EZB); ERIH PLUS; Geoscience e-Journals; Interclassica; ISOC; Latindex; MIAR; NewJour; REBIUN; Regesta Imperii (RI); Sherpa/Romeo; SUDOC; SUNCAT; Ulrich's-ProQuest; Worldcat; ZDB-network



FACULTAD DE TEOLOGÍA
de SAN ESTEBAN



GRANHOTELESPAÑA

EL COMERCIO

MUSEO | ARQUEOLÓGICO | DE ASTURIAS



OVIEDO
AYUNTAMIENTO

**En recuerdo de
Juan Antonio Fernández-Tresguerres Velasco
(1941-2011)**

Sumario



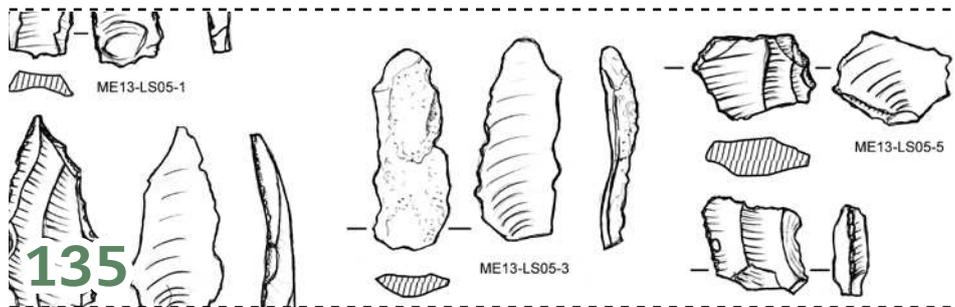
Presentación Fructuoso Díaz García y Juan R. Muñoz Álvarez	13
Gonzalo Ruiz Zapatero <i>La influencia de un arqueólogo: Víctor M. Fernández Martínez, una aproximación cercana y compartida</i>	19-62
Oscar Moro Abadía <i>A vueltas con la idea de 'progreso' en arqueología: una reflexión crítica desde la filosofía y la epistemología</i>	65-81
Carlos Cañete <i>Una historia personal del africanismo</i>	83-102
Marisa Ruiz-Gálvez Priego <i>Comercio swahili en el norte de Mozambique</i>	103-133
Alfredo González-Ruibal <i>Arqueología del Estado y de la resistencia entre Sudán y Etiopía</i>	135-157
Jorge de Torres Rodríguez <i>Built on diversity: Statehood in Medieval Somaliland (12th-16th centuries AD)</i>	159-191
Jaime Almansa Sánchez <i>Una experiencia de divulgación orientada a alumnos de primaria en Etiopía</i>	193-215

Sumario



Jesús F. Jordá Pardo y Marina González Fernández <i>Un ejemplar de Margaritifera auricularia (Spengler, 1973) procedente del poblado ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real, España)</i>	217-227
Ignacio de la Torre, Alfonso Benito-Calvo y Rafael Mora <i>Archaeological surveys in Tendaho (Lower Awash, Afar Regional State, Ethiopia)</i>	229-242
Salomé Zurinaga Fernández-Toribio <i>Un paleoantropólogo en Nubia: Emiliano Aguirre Enríquez y la campaña de salvamento de la Unesco en Argin, Sudán</i>	245-273
Mario Menéndez Fernández <i>Un siglo de investigaciones arqueológicas en la cueva del Buxu (Cangas de Onís, Asturias)</i>	275-291
M ^a Cruz Cardete del Olmo <i>Construyendo paisaje, deconstruyendo naturaleza: la desnaturalización de la cultura en el siglo XXI</i>	293-313
Víctor M. Fernández Martínez <i>África y la arqueología, cuarenta años después: una memoria personal</i>	315-337
<i>Bibliografía del arqueólogo Víctor Manuel Fernández Martínez</i>	339-369

Summary



Presentation	13
Fructuoso Díaz García y Juan R. Muñiz Álvarez	
Gonzalo Ruiz Zapatero	
<i>The influence of an archaeologist: Víctor M. Fernández Martínez, a close and shared approach</i>	19-62
Oscar Moro Abadía	
<i>Thinking about 'Progress' in Archaeology: Some Critical Thoughts from a Philosophical and Epistemological Viewpoint</i>	65-81
Carlos Cañete	
<i>A Personal History of Africanism</i>	83-102
Marisa Ruiz-Gálvez Priego	
<i>Swahili trade in Northern Mozambique</i>	103-133
Alfredo González-Ruibal	
<i>Archaeology of State and resistance between Sudan and Ethiopia</i>	135-157
Jorge de Torres Rodríguez	
<i>Built on diversity: Statehood in Medieval Somaliland (12th-16th centuries AD)</i>	159-191
Jaime Almansa Sánchez	
<i>An outreach experience for school children in Ethiopia</i>	193-215

Summary



- Jesús F. Jordá Pardo y Marina González Fernández
A specimen of Margaritifera auricularia (Spengler, 1973) from the Iberian settlement of Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real, Spain) **217-227**
-
- Ignacio de la Torre, Alfonso Benito-Calvo y Rafael Mora
Archaeological surveys in Tendaho (Lower Awash, Afar Regional State, Ethiopia) **229-242**
-
- Salomé Zurinaga Fernández-Toribio
A paleoanthropologist in Nubia: Emiliano Aguirre Enríquez and the Unesco Salvage Campaign in Argin, Sudan **245-273**
-
- Mario Menéndez Fernández
A Century of Archaeological Investigations in El Buxu Cave (Cangas de Onís, Asturias) **275-291**
-
- M^a Cruz Cardete del Olmo
Building landscape, deconstructing nature: the denaturalization of culture in the 21st century **293-313**
-
- Víctor M. Fernández Martínez
Africa and Archaeology, forty years after: a personal memory **315-337**
-
- List of publications by archaeologist Víctor Manuel Fernández Martínez **339-369**
-





13

África y la arqueología, cuarenta años después: una memoria personal

Víctor M. Fernández Martínez

Dedico estos recuerdos a mi mujer Carmen y a mi hijo Vitín, sobre todo por las muchas ausencias que mis trabajos, tanto en África como en mi estudio, les ocasionaron.

1. Introducción

Naturalmente, empiezo estas líneas con un sentimiento de profundo agradecimiento, después de haber mitigado la timidez que me provoca ser el centro de atención. Para esto último me ha ayudado pensar que los textos reunidos en este volumen son el resultado discursivo de una reunión de buenos amigos, para hablar de lo que hemos hecho juntos durante todos estos años. Algunos de nosotros nos acercamos al final de nuestra vida productiva y quizás sea ya el momento de «hacer balance»; y digamos que me ha tocado a mí empezar.

Me parece interesante que este volumen de *Nailos* forme parte de una serie sobre la arqueología española fuera de España (estas son las VII Jornadas sobre el tema), y que la serie haya surgido precisamente en Asturias, donde no solo hay muchos arqueólogos que investigan en el extranjero, sino que es una región con una fuerte proyección exterior, una tierra que siempre ha mirado más allá, origen de emigrantes repartidos por toda América (mis dos abuelos, por ejemplo, se prepararon para su vida futura pasando una dura juventud en Cuba a comienzos del siglo XX, y antes también habían estado allí al menos un tatarabuelo y un bisabuelo míos). Al respecto, hace unos meses visité por primera el Líbano y allí vi claramente cómo ellos también tienen la montaña detrás y el mar enfrente, una situación que empuja hacia afuera y tuvo que ver con la expansión fenicia que dio origen a las civilizaciones del Mediterráneo.

Además de con la lógica alegría, siempre he acogido con algo de extrañeza las afirmaciones positivas sobre mi trabajo intelectual. Me cuesta entender que alguien quiera ensalzar lo que he investigado o escrito, porque veo muy poco mérito en hacer algo que me gusta tanto. Como todos saben, la arqueología es una profesión apasionante y, en mi caso, la escritura es el complemento ideal del trabajo de campo. Pocos placeres hay como sentarse ante el ordenador, con muchos libros y papeles sobre la mesa y en el suelo, y muchas horas por delante

Víctor M. Fernández Martínez: Universidad Complutense de Madrid (*Ad Honorem*)



para escribir sobre algo nuevo e interesante, sobre todo si lo puedo hacer con una buena música de fondo. Siempre he sentido algo de culpa por trabajar así, porque se supone que podría reducir el rendimiento, pero hace poco, en un documental de la cadena Arte sobre la vida de Claude Lévi-Strauss, le oí decir que solía escribir oyendo la radio y que la música actuaba como una especie de estimulación intelectual (Assouline 2015). Desde que me he jubilado tengo menos complejo de pérdida de tiempo, he actualizado una parte de mi antiguo equipo de música (que ya era muy bueno en su momento, hace treinta años) y mi cerebro funciona gran parte del día inmerso en esa, la mejor de las drogas.

También fue un placer muy grande en mi vida dedicarme a la enseñanza. A ello ya me animó mi divertido amigo Alfonso Fernández-Miranda, que había estudiado Derecho en Oviedo un poco antes, cuando yo entré en la universidad como profesor ayudante: dar clase es la mejor profesión que existe, porque... ¡te pagan por hablar y encima obligan a la gente a escucharte! Más en serio, que los estudiantes tengan siempre la misma edad y los profesores seamos cada vez más viejos es causa de un intercambio en el que nosotros llevamos, sin duda, la mejor parte.

A lo largo de mi vida académica, ese *continuum* de escribir y dar clase, dar clase y escribir, se interrumpía de forma periódica cuando aparecía ese desasosiego, ese ligero temblor que subía por las piernas, al acercarse la fecha de hacer las maletas, la hora de cambiar de tercio para una actividad totalmente distinta: las campañas arqueológicas, sobre todo las que se hacían lejos de España (en mi caso, en cuatro países africanos: Sudán, Etiopía, Mozambique y Mauritania). Creo que mi experiencia entonces no se distingue mucho de la de otros viajeros, que es la reacción normal ante la aventura: por un lado, la quieres; por otro, la temes. Solo el hecho de que vuelvas una y otra vez demuestra que el deseo es siempre mucho mayor que el miedo.

2. Los temas de investigación

No voy a hablar aquí en detalle de las campañas en esos países africanos, algo que ya he contado y escrito en otras ocasiones (Fernández 2011a), sino sobre un asunto que se trata muy poco, y que creo más interesante: ¿qué estímulos, exteriores o interiores, han determinado o influido en mi carrera, en los muchos cambios que ha tenido? Como se ha dicho con razón, la mejor forma de acercarse a lo universal es indagar en lo particular, y por eso espero que esta especie de «microhistoria» intelectual empuje a mirar otras diferentes y entender un poco mejor cómo funcionan nuestras carreras y la ciencia en general. Ello supone un ejercicio intenso de memoria, esfuerzo de resultados variables e inciertos, porque algunos recuerdos se guardan a largo plazo y otros por el contrario parecen desaparecer totalmente, y a menudo los que se quedan no son los más importantes.

En contra de la imagen más ideal de otros itinerarios profesionales, que parecen prefijados desde la infancia, cuando algunos ya soñaban con ser arqueólogos, en mi caso el azar y la suerte han jugado un papel más importante. Hace unos meses vi en televisión una entrevista con Lluís Pascual, uno de los mejores directores de teatro españoles, y cuando le preguntaron cómo había empezado su carrera respondió que él nunca había buscado el teatro, sino que había sido al revés, que el teatro le había encontrado a él... Algo parecido me pasó a mí, la arqueología me salió al encuentro, aunque yo estaba preparado para tal coincidencia.

Cuando hice el bachiller en el colegio de los claretianos de Gijón siempre sacaba buenas notas en las asignaturas de ciencias y por esa razón alguien debió de decir, a mí o a mis padres, que lo mejor era estudiar ingeniería. Por supuesto, eran carreras con prestigio y buenos sueldos, pero además eran uno de los pocos campos científicos reputados en la España de Franco, entre otras cosas porque no suponía ningún riesgo político para el régimen (Camprubí 2017). El nivel de las escuelas técnicas españolas era, y creo que sigue siendo, muy elevado y exigente. Un recuerdo que ignoro por qué he conservado tanto tiempo es del momento en que uno de mis compañeros del colegio me aconsejó estudiar ingeniería aeronáutica, una especialidad que, según él, te permitía luego ejercer en campos muy diversos. No sospeché en aquel momento hasta qué punto mi amigo tenía razón.

Estudiando aeronáuticos en aquel agitado Madrid del tardofranquismo me empecé a apasionar por el mundo de la política y la cultura. Todavía recuerdo el impacto que me causó, a finales de los sesenta, la revista *Triunfo* (Alted y Aubert 1995), donde se presentaban las últimas novedades locales y extranjeras y se defendía una idea de España democrática, culta y progresista. Aunque pocas veces se menciona, el ambiente cultural de la época jugó un papel esencial en el final de la dictadura. Por otra parte, el coraje que mostraban aquellos periodistas y escritores, que corrían serios riesgos de ser encarcelados y la revista suspendida, también resultaba muy atractivo para los jóvenes de entonces. No solo por convencimiento, sino también por emular personalmente ese valor, poco tiempo después ingresé en el Partido Comunista de España, donde permanecí, siempre en labores de base, hasta caer en el comfortable «desencanto» que afectó a tantos tras la victoria electoral del Partido Socialista.

Como resultado de lo anterior, el ambiente de la Escuela de Aeronáuticos me resultaba muy aburrido. Algunos profesores seguían el espíritu de los tiempos y recuerdo que uno bastante conocido, Manuel Abejón, que luego fue diputado del PSOE, organizó un día la proyección de *El acorazado Potemkin*, pero esto era una absoluta excepción. En algún momento me llegué a plantear dejar la carrera y empezar la de filosofía, pero ya había pasado lo más difícil, estaba en cuarto curso y mis amigos me aconsejaron que la terminara.

Poco después, cuando ya estaba trabajando en una empresa de ingeniería de proyectos (centrales nucleares de Almaraz, Ascó y Vandellós, y planta de aluminio de Lugo, entre 1972 y 1978), me matriculé en Historia en horario nocturno. Esta carrera me pareció más interesante y variada que la de filosofía, demasia-



Figura 1. Excavando la necrópolis medieval de Tiermes, Soria (1977).

do teórica y entonces con mala fama de estar dominada por el tomismo medieval. Uno de esos años preparaba yo unas vacaciones de verano en mi idealizada Irlanda, cuando una compañera de curso me habló entusiasmada de su plan de ir a una excavación arqueológica, lo que me movió a tratar de combinar las dos cosas. Escribí a varios arqueólogos irlandeses (a direcciones que me dieron en la embajada en Madrid) y acabé excavando durante varias semanas en un monasterio medieval, la «Isla Santa» (*Holy Island*, *Innis Cealtra* en gaélico), en el río Shannon cerca de Limerick. El director de la investigación era uno de los arqueólogos e intelectuales irlandeses más famosos, Liam de Paor, del que hoy recuerdo sobre todo su amabilidad (Paor y Paor 1960; Paor 1993). Si comparo esa excavación con las que realicé después en España, veo algo que ya sé por otras fuentes: la pobreza material de los yacimientos nórdicos frente al fenómeno contrario de los del sur de Europa. Que los primeros tengan mucho más eco que los segundos se explica, como muchas otras cosas, por su mayor apoyo científico y financiero.

Como otro más de una serie de sucesos encadenados, durante el curso siguiente conocí en la facultad a un compañero de curso, Carlos de la Casa, que



trabajaba en el Museo Arqueológico Nacional y llevaba la excavación medieval de Tiermes en Soria. De ese encuentro vino excavar en Tiermes ese verano (1976) y los siguientes (Figura 1) (más tarde para excavar la muralla tardo-romana: Fernández y González Uceda 1984), conocer al director del museo Martín Almagro Basch (factórum de la arqueología española en aquel momento, que había dirigido la Campaña de Salvamento de Nubia en los sesenta), ir a excavar cuatro largas campañas en el norte de Sudán, y hacer la tesina y la tesis doctoral sobre las culturas arqueológicas nubias (Fernández 1984, 1985). Aunque en aquel momento no era muy consciente de ello, probablemente fue mi condición de ingeniero lo que me facilitó en gran medida el buen fin de todos esos contactos.

Almagro me escogió para ir a Nubia con gente más experimentada (Fernando Fernández, ya entonces director del Museo de Sevilla) porque hablaba inglés y había excavado en un país extranjero, y al año siguiente ya me puso al frente de los trabajos en la necrópolis de Amir Abdallah. Este yacimiento había sido descubierto poco antes en la prospección realizada por un equipo francés del CNRS, y le había sido recomendada a Almagro por el Servicio de Antigüedades de Sudán (Figura 2). Pronto nos dimos cuenta de que su cronología era anterior a las necrópolis hasta entonces excavadas y que proporcionaba una cultura material diferente y muy poco conocida. Su buen estado de conservación (solo un 40 % de las tumbas habían sido robadas) y la ordenada colocación de las tumbas, sin superposiciones ni reutilizaciones, permitió una clara seriación cronológica entre los siglos IV y I a. C. que posibilitaba ordenar dentro de ese intervalo las abundantes vasijas y cuencos de bronce de los ajuares. Años después, en 2014, presenté un estudio sociológico de la necrópolis, usando nuevos métodos estadísticos, en el congreso de Estudios Nubios de Neuchâtel y mi sorpresa fue grande al comprobar que no se había excavado ninguna otra necrópolis parecida desde entonces y que investi-



Figura 2. Ordenando los huesos de las tumbas meroíticas de Amir Abdallah (Nubia, Sudán, 1980). Entonces estos restos se podían traer a España y sobre ellos realizó su tesis doctoral Gonzalo Trancho Gallo (1987).



gadores de otros países me reconocían el valor que para ellos seguían teniendo los datos de Amir Abdallah (Fernández 2018).

Gracias a los resultados de la necrópolis, fui el primero en presentar una tesis dentro de la recién creada especialidad de Prehistoria de la Universidad Complutense. Que solo un mes después, en noviembre de 1978, quedase libre una plaza de ayudante en el entonces naciente departamento y Almagro me la ofreciese (yo era el único licenciado con tesina) se puede considerar otro golpe de suerte. Claro que mi sueldo se redujo considerablemente por el cambio de trabajo, pero ello no me importó porque yo ya había decidido dejar la ingeniería y tenía una excedencia en la empresa de proyectos. Almagro me advirtió de que el puesto de profesor ayudante era solo por unos meses, por alguna razón que ahora mismo no recuerdo, como tampoco recuerdo por qué luego en la primavera siguiente la cosa se arregló y seguí siendo profesor. Mi amigo Alfonso tenía otra explicación sarcástica para ello: «en la universidad es muy difícil entrar, pero todavía más difícil es salir».

Lo que sí recuerdo bien es por qué después cambié de área y tema de trabajo dentro de África. A finales de los ochenta el millonario y mecenas catalán Pere Durán-Farell (que siempre decía que le llamáramos Pedro), amigo de Almagro y que había financiado entre otras nuestras campañas de Nubia diez años antes, se mostró interesado por tener en su museo privado materiales neolíticos del Sudán Central, porque había visto las magníficas cerámicas obtenidas en las necrópolis que excavaban allí los franceses. Aunque mi amigo Jacques Reinold me pasó datos de un cementerio en la misma capital, bastante mal conservado, yo prefería excavar hábitats porque eran mucho menos conocidos y podían dar una información más interesante, aunque no ofrecieran casi nunca vasijas enteras. Cuando volvimos Durán se quedó muy decepcionado con los pequeños fragmentos cerámicos que le trajimos, que además ya los tenía «repes» de sus múltiples viajes al Sahara. Eso, además de que la legislación sudanesa había cambiado (como en muchas otras partes) y ya no se permitía exportar materiales arqueológicos, provocó el final de mi relación con él, una persona por otro lado extremadamente educada y amable.

En esa primera misión de 1989 en el poblado neolítico de Haj Yusif, cerca de Jartum (Fernández *et al.* 1989), había ido con Alfredo Jimeno y Mario Menéndez, que conocía del Departamento, formando un buen equipo en el Sudán Central hasta finales de los noventa (ya con financiación pública del Ministerio de Cultura), la época tal vez más feliz de mi carrera (Figura 3). No se puede decir lo mismo de los yacimientos mesolíticos y neolíticos que descubrimos y excavamos, que desde el comienzo se mostraron bastante pobres. Pero yo nunca he abandonado un sitio porque no responda a las expectativas, ya que cualquier resto antiguo me parece digno de estudio y pienso que más que los hallazgos importan la teoría y la metodología que se les aplican. Gracias a ellas pudimos extraer datos muy interesantes cuando publicamos los resultados de la



Figura 3. En las arenas del Sudán central (1992), con Mario Menéndez y nuestro querido chófer Hamad, que había dejado detrás su jarrita de agua para lavarse antes de rezar.

prospección y excavaciones años después (Fernández ed. 2003). Las técnicas de seriación permitieron ordenar no solo los numerosos yacimientos descubiertos en superficie, sino también los tipos de decoración cerámica. Esa ordenación llevó luego a ver cómo se distribuyeron los sitios a lo largo del tiempo, en relación con los cambios climáticos de mediados del Holoceno. En función del diferente tamaño de los yacimientos pudimos ver cómo iban cambiando a lo largo del año en las estaciones secas y húmedas, siguiendo un modelo no muy diferente al que hasta hace poco practicaban las poblaciones pastoriles del sur de Sudán. La desaparición súbita de asentamientos hacia mediados del III milenio a. C., conocida ya antes de nuestro trabajo, fue interpretada por un movimiento de población hacia el sur buscando regiones más húmedas, llegando hasta el escarpe del altiplano etíope como luego comprobamos al pasarnos a ese país.

Al final de la campaña de 1998, recuerdo que por iniciativa de Alfredo (a ese viaje no pudo venir Mario), decidimos pasar unos días en Kenia, algo que nos salía muy barato con el mismo billete que nos llevaba a Sudán pasando por Ámsterdam. Después de tantos años trabajando en el desierto, aquellas grandes llanuras verdes llenas de animales nos impactaron completamente. Allí vimos que existía una África muy diferente, donde no solo el paisaje era mucho más



acogedor (aunque la gente no tanto), sino que además los musulmanes eran minoría, ¡y por ello había cerveza! Por otro lado, la zona del Nilo Azul sudanés parecía no dar ya más de sí, y en algún momento empecé a pensar (si alguien me influyó, hoy no lo recuerdo) que la vecina Etiopía era tan verde como Kenia y que, en su Nilo Azul, solo unos cientos de kilómetros río arriba, no se había investigado prácticamente nada hasta entonces. No tardaría en comprender las razones de tal carencia.

Siguiendo el método habitual, escribí, ahora ya no cartas sino correos electrónicos, a varios arqueólogos que trabajaban en Etiopía y que conocía de los congresos de Estudios Nubios y de Prehistoria del noreste de África: el francés Roger Joussaume, el inglés David Phillipson, el norteamericano Steven Brandt y el italiano Rodolfo Fattovich. Los cuatro me contestaron muy amables, pero solo Rodolfo me explicó los pasos a dar para investigar en arqueología etíope, en qué oficina estaba el director de Patrimonio (Ato Jara Haile Maryam), el formulario que había que rellenar, etc. Cuando hace unos meses murió Rodolfo, le dije esto mismo a su colega Andrea Manzo y he participado en el libro en su homenaje que está en curso de edición. Rodolfo también me previno de los propios etíopes, que conocía muy bien (había incluso saludado una vez al emperador Haile Sellassie). El epíteto que utilizó para describirlos fue «bizantinos», que yo entendí en el sentido de «complicados». Aunque tenía razón, ese es un carácter que, junto con otros, he sobrellevado sin problemas porque otros valores del país lo compensan con creces.

A Etiopía ya no vinieron Alfredo y Mario, cuyos proyectos españoles eran demasiado importantes para compaginarlos con la investigación africana. Aunque lo sentí, pronto encontré compañeros igual de buenos: Alfredo González Ruibal, Alfonso Fraguas, Ignacio de la Torre, Luis Luque y Álvaro Falquina. Con ellos iba a venir un antropólogo de Sevilla, José Luis Solís, que ya conocía el sur de Etiopía, pero que murió pocos meses antes del primer viaje, al parecer de una infección contraída en otro viaje a África. A diferencia del equipo anterior, con dos colegas de edades solo un poco inferiores a la mía, desde entonces he viajado con licenciados arqueólogos bastante más jóvenes que yo y esa distancia actuó, si bien nunca de forma substancial, en mi desfavor.

En el invierno de 2000 volvimos al Sudán Central para cerrar el proyecto anterior ampliando la zona prospectada y examinando yacimientos conocidos desde antiguo (Fernández 2003), y a la vuelta nos quedamos en Etiopía una semana, para hacer un viaje corto cruzando el Nilo azul etíope por los dos únicos puentes que lo permitían (hoy en día son tres). Entonces vimos lo difícil que es investigar esta región, intrincadamente montañosa y con una garganta del río tan profunda y asfixiante que junto a sus aguas prácticamente no ha vivido nunca nadie por su propio gusto. Entonces decidimos acercarnos lo más posible a la frontera con Sudán, donde el río sale por fin de la garganta, termina el Altiplano y los contactos con las inmensas llanuras saharianas tuvieron por fuerza que producirse.

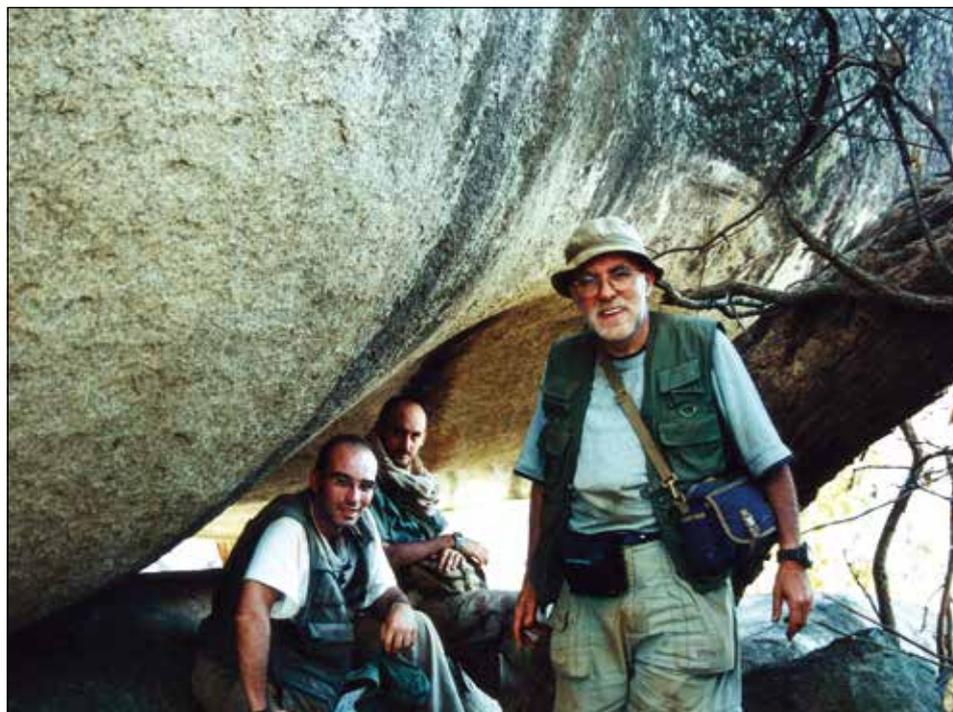


Figura 4. En un abrigo rocoso cerca del pueblo de Malo (Benishangul, Etiopía, 2001) con Alfonso Fraguas y, detrás, Alfredo Gonzalez Ruibal. Después de una agotadora caminata cuesta arriba de varias horas, el sitio (que según nos informaron, era una «cueva») no contenía ningún resto arqueológico.

Con suerte, el estudio de esa zona fronteriza nos podría aclarar algo la entonces desconocida difusión de las culturas prehistóricas por el Cuerno de África.

La región etíope fronteriza de Benishangul-Gumuz, donde trabajamos hasta 2006, es tan grande como Aragón y en ella nunca había entrado un arqueólogo hasta que llegamos nosotros. Esto no solo ocurría por estar muy lejos de cualquier zona bien comunicada (tardábamos dos días completos en un todo terreno para hacer los 660 km que había desde Addis Abeba), sino por ser bastante selvática con una combinación de calor y humedad nada agradable, de superficie rugosa y caminos infernales, con muy pocos o ningún servicio, y además con muy pocos yacimientos arqueológicos detectables.

Pero todo eso no nos importó. Cualquier cosa que encontrábamos nos animaba mucho, y pronto vimos que bajo los abrigos de algunas de las grandes rocas que sobresalían de los árboles había depósitos prehistóricos (forma habitual de encontrar yacimientos en la África húmeda) (Figura 4), los cuales tenían útiles líticos de un Paleolítico Medio y Final, y cerámicas impresas como las sudanesas con fechas que curiosamente coincidían con los períodos que estaban



vacíos de poblamiento en las llanuras de Sudán (III-II milenios a. C.), sugiriendo que en el escarpe verde del Altiplano se habían refugiado los pastores neolíticos huyendo de sequías o de conflictos bélicos y sociales (Fernández *et al.* 2007). También vimos arte rupestre esquemático cuyo poder mágico se había conservado y adaptado tras la llegada del islam a la región hace unos pocos siglos, en uno de los escasos ejemplos conocidos en todo el mundo de continuidad actual de un ritual prehistórico (Fernández 2011b).

Por otro lado, los poblados tradicionales de las etnias locales más numerosas, los Berta y los Gumuz, nos hacían imaginar que estábamos en la prehistoria, o al menos lo más cerca posible que se podía estar de ella en la actualidad. En una época en que yo escribía el libro de arqueología crítica y ahondaba en la significación de los discursos, imaginaba que fuera posible narrar la prehistoria utilizando un lenguaje también próximo al prehistórico, pero lo más próximo que llegué a ese ideal inaccesible fue cuando escribí el artículo recién citado sobre el arte rupestre.

Alfredo enseguida vio el potencial etnoarqueológico de la zona, algo en lo que él siguió trabajando hasta hoy mismo, además de estudiar la arqueología de toda esa área de frontera entre los reinos cristianos y musulmanes del noreste de África, donde unos pueblos «sin historia» han resistido con su organización igualitaria la continua agresión de los grandes estados colindantes (González-Ruibal 2014). Aunque en ese momento comprendí que Alfredo iba continuar en solitario la investigación que yo también había soñado cuando llegamos allí, acepté que la zona era ya demasiado dura para mí y me alegré de que al menos él, una persona tan capaz, siguiera el camino trazado.

Tras una de las últimas campañas en Benishangul, en junio de 2005, pasamos un par de días viendo los castillos-palacios reales de la antigua capital de Etiopía durante los siglos XVII y XVIII, la ciudad de Gondar, una de las joyas históricas del país. Yo había leído poco antes el libro de Javier Reverte sobre el misionero jesuita español Pedro Páez y sabía que había una iglesia donde él había vivido al sur de Gondar, cerca de Gorgora junto al lago Tana, a comienzos del siglo XVII (Reverte 2001). También que en el mismo pueblo estaba la iglesia ortodoxa de Debre Sina, con unas de las mejores pinturas religiosas del siglo XVIII (del llamado «primer estilo gondarino»). Al llegar vimos que el cura que tenía las llaves no estaba y entonces nos planteamos intentar llegar a la iglesia jesuita, de cuya situación no teníamos ninguna información, algo normal en el país. Preguntando una y otra vez, acabamos casi perdidos en un camino horrible, casi campo a través. Era tarde y podía empezar a llover torrencialmente en cualquier momento (estábamos en la estación de lluvias) y el chofer nos dijo que mejor dábamos la vuelta. Yo estaba de acuerdo, pero Alfredo dijo que siguiéramos un poco más, con la suerte de que en pocos minutos vimos a lo lejos la península sobre el lago, con las ruinas encima del cerro del monasterio que los jesuitas llamaron Gorgora Nova. Al llegar casi no dábamos crédito a aquellos restos únicos, que

eran como un trozo de la catedral de Toledo en el corazón de África, que estaban a punto de derrumbarse por completo y que nadie había estudiado en profundidad hasta entonces (Figura 5).

Seguramente sin aquella más que afortunada visita, teniendo en cuenta lo difícil que es llegar a cualquier sitio en Etiopía, y los ánimos posteriores de Alfredo para que siguiera trabajando en el país, yo no hubiera tenido impulso suficiente para cambiar completamente de tema, pasando de nuevo a la arqueología histórica después de mucho tiempo en la prehistórica, pedir un proyecto nuevo al Ministerio de Cultura y un permiso nuevo a los etíopes, contactar con los dos especialistas del tema, el portugués Manuel João Ramos y el francés Hervé Pennec, buscar un equipo nuevo porque los de Benishangul prefirieron seguir en la dura frontera.... en un momento en que yo me estaba aproximando a la edad de jubilación. La ilusión y la suerte me acompañaron de nuevo con el numeroso equipo que vino a las excavaciones (Figura 6): Jorge de Torres, Carlos Cañete, Andreu Martínez, Jaime Almansa, Cristina Charro y María Luisa García, además de los topógrafos Eduardo Martín y Victor del Arco; también los técnicos del CAI-UCM Christian Dietz y Gianluca Catanzariti, el arquitecto Federico Wulf y el técnico en materiales Jorge Durán, quienes fueron menos tiempo.

Durante diez campañas de campo registramos completamente todas las ruinas (con fotografía, topografía, escaneo 3D y radar de subsuelo) y excavamos en el palacio real y la fortificación e iglesia de Azäzo, la iglesia y celdas de Gorgora Nova y el subterráneo (posible cárcel) de Särka. Lo más inesperado fue encontrar que los misioneros habían construido un amplio sistema de drenaje bajo tierra para el servicio de varias letrinas y baños, que tras su partida los ortodoxos destruyeron y taparon por alguna razón desconocida.

En 2014 dimos por finalizado el proyecto y luego publicamos un grueso libro en Holanda (dentro de la serie de estudios jesuitas de la editorial Brill), un

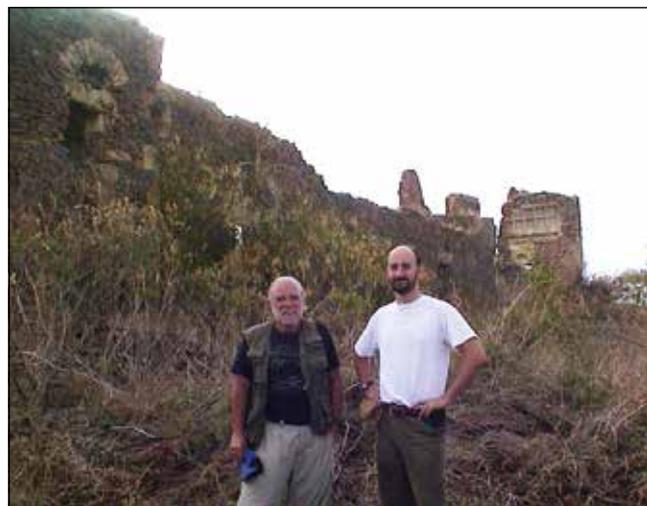


Figura 5. Con Alfredo González Ruibal delante de las ruinas de Gorgora Nova (lago Tana, Etiopía, 2005). Al fondo se ve la parte conservada de la bóveda de la capilla de la iglesia jesuita.



Figura 6. El equipo que excavó en la iglesia de Gorgora Nova (Etiopía, 2012). En la fila de atrás, de izquierda a derecha, Jorge de Torres, un obrero, Víctor Fernández, el inspector Abebe Mengistu, Carlos Cañete y María Luisa García. Delante el resto de los obreros, con el inspector Gashaw Belay a la izquierda y Andreu Martínez a la derecha.

trabajo para mí casi tan duro como las campañas sobre el terreno (Fernández *et al.* 2017; ver un amplio resumen en castellano en Fernández 2019). Aunque no pudimos comenzar la consolidación de las ruinas por el parón de las subvenciones al empezar la crisis (actualmente está en marcha un proyecto para Gorgora Nova, financiado por la AECID), ese volumen, con cerca de quinientos planos y fotografías, supone dejar constancia permanente de la obra misionera antes de que el paso del tiempo la haga desaparecer.

¿Cuándo nos dimos cuenta de que el proyecto estaba acabado? Esta pregunta es interesante porque hay equipos que se concentran en un proyecto y cambian con mucha menos frecuencia (quizá el caso más exagerado fue el del egiptólogo francés Jean-Philippe Lauer, que excavó en Saqqara durante setenta y cinco años, incluso el mismo año de su muerte, con 99 años, en 2001). Aunque depende de la importancia de los yacimientos, a menudo parece existir una «ley de rendimientos decrecientes» que hace que los resultados vayan siendo más repetidos a medida que pasa el tiempo. De alguna manera uno advierte cuando se empieza a producir un estancamiento, una sensación de cansancio mayor



de la habitual, y que ha llegado la hora de hacer el petate. En el caso de las misiones habíamos analizado las ruinas en superficie y excavado allí donde se apreciaba potencia suficiente bajo tierra y eran abordables económica y temporalmente. Dos sitios prometedores (la mayor parte de la iglesia de Gorgora Nova y el palacio real de Dänqäz) se dejaron sin excavar, el primero investigado solo en la fachada por el gran espesor de los derrumbes (más de siete metros) y el segundo sin ni siquiera empezar por su dificultad logística (los campesinos locales eran muy agresivos con los extranjeros y tuvimos que estudiar las ruinas protegidos por la policía) y la gran lejanía del lugar con respecto a nuestra base.

Todo ello no contradice la «ley de Howard Carter», según la cual lo más interesante aparece siempre al final de la excavación, y que se explica porque a medida que se conoce mejor un yacimiento, sabemos dónde es mejor abrir, aunque sea solo de forma intuitiva. De hecho, cuando ya habíamos decidido dejar el proyecto de los jesuitas, dos días antes del final de la última campaña, en 2014, fue cuando apareció el resto más interesante, el relieve epigráfico de Judith y el dragón que coronaba la fachada de la iglesia de Gorgora (y que luego utilizamos para la portada del libro), un día que era justo el primero en que yo no pude ir a la excavación.

Lo anterior fue una casualidad infortunada, pero hemos visto que existen otras más extrañas y felices. Solo unos días después del momento de mi jubilación, en octubre de 2017, recibí una llamada personal del nuevo coordinador de la AECID en Etiopía, Francisco López, para decirme que había leído nuestros informes del proyecto de restauración, financiado por la Agencia en 2009 y 2011, y que pensaba que merecía ser continuado. En aquel momento yo estaba un tanto desconcertado, como le debe de ocurrir a casi todos los jubilados al principio, ante la incertidumbre de la nueva etapa. Tenía proyectos (acabar un montón de cosas, empezar un programa de viajes arqueológicos) pero aquella llamada me convenció nuevamente de que los planes vienen con mucha frecuencia dados desde fuera. También me sentí muy contento: la jubilación no significaba nada y podía continuar viajando a África. Un año después dirigí una campaña de tres semanas en Gorgora Nova, completando la excavación de la fachada de la iglesia y recuperando bastantes elementos decorativos nuevos (aunque ninguno del valor del relieve de Judith) (Fernández *et al.* en prensa). Los cambios a peor de la zona en los últimos años hicieron que el trabajo fuese mucho más duro (no se podía hacer todo el camino por tierra y una parte tenía que ser en barco por el lago, haciendo los viajes de ida y vuelta de más de tres horas cada uno y las jornadas totales de catorce horas), pero para mi sorpresa el cuerpo resistió sin demasiados problemas.

Ya antes de jubilarme, me había asociado a un nuevo proyecto africano para estudiar la cultura Swahili de las islas Quirimbas en la costa norte de Mozambique, dirigido por Marisa Ruiz-Gálvez (Ruiz-Gálvez *et al.* 2017). Como había acabado muy cansado de las campañas de Etiopía y no estaba nada ani-

mado a empezar algo nuevo, me excusé con Marisa diciendo que iría solo una campaña, en 2015. Ahora bien, uno de los días en que volvíamos en un pequeño barco de prospectar por primera vez una de esas islas paradisíacas, con varios delfines alrededor nuestro, le dije a Marisa: «No habrás creído que hablaba en serio cuando te dije que solo vendría un año, ¿verdad?». Sin embargo, las cosas no iban a ser tan sencillas, pues la cuarta y quinta campañas no se han podido llevar a cabo, primero por un inesperado y cruento brote de terrorismo islámico en la zona y luego por el terrible ciclón que destruyó parte de la isla de Ibo, nuestra base, en la primavera de 2019. Pero no cejamos, y en verano de ese mismo año viajamos para dar unos cursos sobre historia y arqueología a estudiantes y guías turísticos de las islas, financiados por una fundación catalana que actúa en la zona (Fundación Ibo).

3. Los paradigmas teóricos

Más importantes que los cambios de tema de investigación fueron los cambios teóricos que nos han afectado, a mí con especial intensidad, durante estos decenios. No se ha dado todavía una respuesta satisfactoria a las causas que nos hacen cambiar de paradigma, por qué lo hacemos realmente, y dentro de la escuela constructivista que abrió Thomas Kuhn se han llegado a comparar estas transformaciones teóricas con las conversiones religiosas (en el sentido de que tienen un elemento «irracional») (Kuhn 1971; Glynos y Howarth 2007).

Cuando acabé la carrera la arqueología española seguía casi de forma unánime la teoría historicista-difusionista. Cuando Almagro nos explicaba la arqueología nubia en mi primer viaje a Sudán, la presentaba como una sucesión de culturas que se iban sustituyendo unas a otras, según la clasificación clásica de Reisner: Grupo A, Grupo B, Grupo C, Grupo X, etc. Recuerdo, de todas formas, que ya entonces nosotros nos reíamos del esquema (cuando Almagro no estaba delante, claro), porque era como el escenario de un teatro donde iban entrando y saliendo uno detrás de otro los diferentes personajes, cada uno mostrando un cartel con el nombre de su cultura.

Cuando intento acordarme de cómo me enteré de que había una cosa que se llamaba «Nueva Arqueología» (más adelante, Arqueología Procesual), solo me viene a la memoria un libro que vi en el departamento hacia 1978 o 1979, sobre arqueología histórica en África, de Peter R. Schmidt, un profesor de Florida bastante excéntrico que luego trabajó en Eritrea y a quien conocí más adelante en los congresos de SAFA (Schmidt 1978). Buscando hoy el libro, veo que al comienzo de la introducción se elogian los trabajos de Binford y otros que defendían que la arqueología debe recurrir a la antropología si quiere dejar de ser un puro estudio de la cultura material y acercarse a las sociedades del pasado en su conjunto. Nada más apropiado para el trabajo que luego Schmidt describe sobre sus excavaciones en yacimientos de la Edad del Hierro en el área Haya de Tanzania,

que interpreta con gran profundidad gracias a sus propios estudios antropológicos y a la tradición oral de los Haya actuales. Por entonces yo había empezado a excavar en Nubia, y aunque los nubios actuales son muy diferentes de los meroíticos de hace más de dos milenios, la Nueva Arqueología afirmaba, por un lado, que siempre existe alguna continuidad entre el presente y el pasado, y por otro, que el comportamiento humano tiene suficientes cosas en común para que los datos de unos pueblos se puedan aplicar a otros diferentes sin que exista una relación histórica directa entre ambos. Eso es lo que dio origen a la moderna etnoarqueología, asignatura que más adelante yo impartí durante años en mi facultad (Fernández 1994).

En 1983 Gonzalo Ruiz Zapatero me animó a escribir con él un artículo aplicando el método del *site catchment* (análisis territorial), que en 1970 habían propuesto Higgs y Vita-Finzi desde la «escuela paleoeconómica» de Cambridge (una de las franquicias británicas de la Nueva Arqueología), al famoso yacimiento de la Edad del Hierro de Cortes de Navarra (Ruiz Zapatero y Fernández 1985). A presentar el trabajo fui yo al Congreso Nacional de Arqueología de Logroño, donde tras mi intervención uno de los asistentes me criticó por usar un método que traspasaba datos geográficos actuales a restos del pasado sin tener en cuenta el tiempo y los cambios acaecidos. Luego el crítico se me presentó y era Francisco Burillo, quien solo un año más tarde organizó el primer congreso de arqueología espacial en Teruel, donde se presentaron varios trabajos que usaban el análisis territorial. Uno de ellos fue una introducción teórica al método, con sus ventajas y problemas, escrita de nuevo con Gonzalo (Fernández y Ruiz Zapatero 1984; ver también Fernández 2016).

Por las mismas fechas o algo después, celebramos en el Departamento de Prehistoria varias reuniones con arqueólogos del Departamento de Antropología de América (sobre todo, Miguel Rivera, que estaba muy al corriente de los adelantos norteamericanos y había traducido al castellano libros de Chang, Redman, Watson, etc. en Alianza Editorial) para hablar de la Nueva Arqueología, a las que también venían Maribel Martínez Navarrete, Juan Vicent y otros que ya no recuerdo.

Aunque los arqueólogos españoles no entramos entonces muy de lleno en la arqueología procesual, que siempre fue una cosa muy anglosajona (sobre todo norteamericana), y más que nada algo que necesitaba unos dineros para investigar que nosotros no teníamos (por el alto precio de los análisis científicos, que son esenciales en el paradigma), yo escribí en 1989 un primer manual de arqueología que era bastante procesual y que luego con los años he visto que influyó algo en la formación de los arqueólogos de nuestro país y también se cita en Latinoamérica (Fernández 1989). Este primer manual me lo encargaron desde la editorial Síntesis, igual que el siguiente que hice poco después sobre prehistoria africana (Fernández 1996) (los dos a través de Manuel Fernández-Miranda y Domingo Plácido); luego en Alianza Editorial me encargaron el manual de Prehistoria General (Fernández 2007) y el Diccionario de Prehistoria en Alianza surgió de una idea de Mario Menéndez (Menéndez et al. 1997). Por el contrario, mi



libro de arqueología crítica (2006), el de «memorias de África» (*Los años del Nilo*) (2011) y el manual de arqueo-estadística (2015) fueron iniciativas mías.

A mediados de los noventa nos empezamos todos a meter en el mundo de internet, sobre todo para escribir los primeros correos electrónicos, pero también para ver en tiempo real qué pasaba por ahí fuera y, en mi caso, yo me apunté a varias «listas», una especie de antecedentes de los blogs actuales, entre las que había una que seguí especialmente, la de «Teoría arqueológica» (*arch-theory*), escrita sobre todo por ingleses y norteamericanos. Allí comprobé con asombro que la Nueva Arqueología era muy criticada, y que la gente joven era sobre todo fanática de Michel Foucault, que a mí me sonaba de la época de mayo del 68 y poco más. Picado por la curiosidad, empecé a comprar y leer (o intentar leer) libros de teoría postmoderna (postestructuralismo, feminismo, teoría postcolonial, psicoanálisis, etc.) y de arqueología postprocesual (Hodder, Shanks, Tilley, etc.) y muy pronto se produjo mi segunda «conversión» teórica. Fue tal vez inevitable que me contagiara del entusiasmo de pertenecer a una especie de «tribu de los elegidos», que Adam Kuper decía que era algo habitual desde los comienzos del estructuralismo (Kuper 1973). Enseguida escribí una segunda edición del manual de teoría y método, incorporando estos cambios en el apartado de teoría (Fernández 2000) y poco a poco me atreví a dar algunos pasos al otro lado de aquella puerta que, como decía Christopher Tilley, había abierto Lévi-Strauss pero que él mismo no se había atrevido a cruzar (Tilley 1992).

De la combinación de dos ideas que algunos creemos compatibles, que «no hay nada fuera del texto», según el famoso lema de Derrida, y que la ciencia debe estar al servicio de los más débiles, eterno lema de la izquierda, salió mi libro de arqueología crítica (2006), el que más me costó escribir (aunque el placer también fue grande) y quizás el que menos éxito ha tenido. En contra de la extendida idea de que el «giro lingüístico» y la importancia dada a los discursos suponían una rémora para la actividad política por su inevitable relativismo, yo estoy con los (pocos) que piensan que son precisamente los paralelos metafóricos los que hacen posible una síntesis, tal vez la primera, entre todos los movimientos progresistas (Laclau y Mouffe 1987). Es posible que el eco menor que tuvo la obra se deba no solo a su densidad teórica, sino también a que la izquierda está condenada irremisiblemente a ir siempre dividida a la lucha política. En la misma línea, me aventuré a escribir algunos artículos consecuentes con lo que dice la teoría del discurso y de la hegemonía (Fernández 2012), de los que el *feedback* más simpático que he recibido fue una vez que Ignacio Montero me dijo: «Víctor, ¡pero qué cosas más raras escribes!». Confieso que me hizo ilusión saber que al menos alguien había echado un vistazo a esos trabajos...

Probablemente por el esfuerzo que supuso ese libro, y porque seguidamente empecé el proyecto de las misiones jesuitas, que durante un decenio implicó un trabajo empírico enorme (junto con la cada vez mayor carga docente y administrativa en la universidad) que dejaba poca energía para disquisiciones teóricas, unido a que enseguida surgieron prolongaciones de la arqueología



posprocesual (A. Simétrica, «giro ontológico», etc.) que no me entusiasmaron porque me parecían una vuelta atrás, el caso es que mi interés por la teoría ha disminuido últimamente de forma lamentable... Hace unos pocos años asistí a una conferencia del activista norteamericano Bill Ayers, una figura histórica de los sesenta que todavía continúa publicando e impartiendo teoría crítica (ahora en Pedagogía) por todo el mundo. Le pregunté cómo se las arreglaba para mantener la energía transformadora, para seguir luchando todavía por lo «imposible pero necesario». Me contestó con una frase de Rosa Luxemburgo cuando sus seguidores le preguntaron qué podían hacer en Alemania cuando ella faltase (algo que los protonazis iban a conseguir muy pronto): es muy sencillo, respondió, solo tenéis todos que ser «humanos» en la versión *yiddish*, seres conscientes y solidarios (*mensch*). Y en resumen es lo que yo me planteo conseguir para el tiempo que me queda: seguir siendo un *mensch*.

4. Otros temas

De mis otros trabajos solo quiero dedicar unas líneas al que me dio muchas más satisfacciones de lo que cabría esperar en un principio: la revista de nuestro departamento, *Complutum*. Aquí también fue ella la que me buscó a mí y no yo a ella, cuando Martín Almagro-Gorbea me «eligió» como secretario en 1990, puesto en el que estuve unos once años; más tarde Gonzalo Ruiz Zapatero me propuso para director desde 2007 hasta 2012. A mí este «embolado» me resultó justo lo contrario de lo que parecía, porque la labor de edición de artículos fue tan gratificante que todavía hoy la echo de menos en ocasiones. Y ello a pesar de que tomaba mucho tiempo y era completamente ignorada: durante los más de quince años que trabajé en la revista solo unos pocos autores me expresaron algún tipo de reconocimiento. Cuando hace unos meses murió Claudio López Lamadrid, uno de los principales editores literarios españoles, se recordó en la prensa que él siempre decía que amaba su labor precisamente porque era anónima, porque no dejaba rastro de autoría, y que eso era la esencia de su profesión (trabajar para el autor, y no al revés). Por otro lado, ello le permitía hacer algo que él buscaba tanto en su vida profesional como privada: ser invisible. Y esto es algo con lo que personalmente estoy bastante de acuerdo...

Tampoco fue mío el mérito de la primera idea de otros de mis trabajos, en este caso de cooperación: el museo histórico-etnográfico y la biblioteca de Benishangul en Assosa, Etiopía (ese pequeño «museo en la selva» que fue tal vez mi proyecto más querido cf. González Ruibal y Fernández 2007), el cual surgió de una sugerencia de mi mujer, Carmen Ortiz, porque yo seguía empeñado en un proyecto de pozos para agua, algo que se escapaba por completo de mi especialidad y posibilidades. También Carmen, cuya ayuda intelectual y emocional ha estado siempre por encima de cualquier elogio, me propuso un día escribir mis recuerdos de las campañas africanas, que conseguí plasmar, con mucho

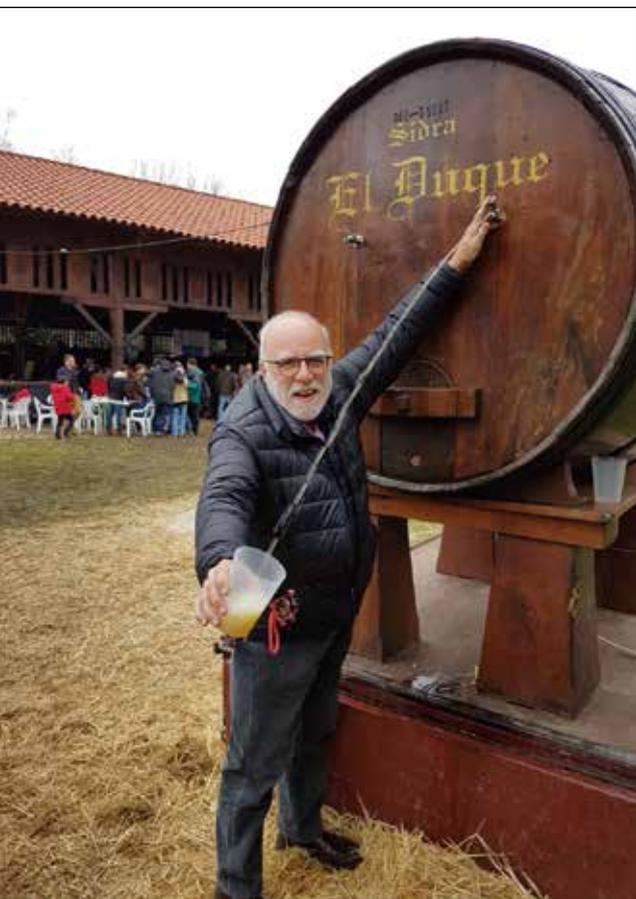


Figura 7. Presentación idealizada de una buena jubilación, Primer sidre l'añu, Xixón, 2018.

más placer que esfuerzo, en mi libro *Los años del Nilo*. Gonzalo Ruiz Zapatero me empujó, entre otras muchas cosas, a escribir sobre literatura y arqueología (Fernández 1991), aplicar el análisis territorial (site catchment), como ya vimos, y explorar la sociología de la arqueología (Fernández 1997). Martín Almagro-Gorbea fue quien me dio la idea para el primer artículo que escribí sobre arqueoestadística (seriación) (Fernández 1985b), me impulsó a organizar el primer congreso español de Aplicaciones Informáticas en Arqueología, y a publicarlo en el primer número de la revista *Complutum* (Fernández, V.M. y Fernández, G. eds. 1991).

Trabajos menos agradables fueron los de tipo administrativo, que me cayeron unos cuantos. Fui director del departamento de Prehistoria unos años, lo que resultó bastante mejor de lo esperado, en parte porque descubrí que cuando tienes un “cargo” la gente te quiere más, o al menos lo simula. Mucho peor fue ser coordinador del máster de Prehistoria, en un momento en que las autoridades académicas decidieron hacernos la vida imposible a los profesores con constantes evaluaciones, informes, acreditaciones, memorias, presentaciones... en suma, exámenes que a mis años resultaban agotadores además de extemporáneos. Solo fui coordinador dos años, y en parte para dejar de serlo decidí jubilarme un año antes de lo que me correspondería como retiro forzoso. Por otro lado, cuando a mi amigo Alfonso, al que ya he citado en este texto, le hicieron Director General de Universidades al llegar Aznar al poder, no se le ocurrió otra cosa que proponerme para llevar el Certamen de Jóvenes Investigadores del ministerio. Como me cuesta decir que no, me puse a ello y fui director científico del certamen durante cinco años. Al final de ese tiempo se decidió montar otra convocatoria parecida con aún mejores premios, pero en las universidades (Certamen Arquímedes), y fui director también durante otros cinco años. Algo bueno de esa experiencia fue trabajar con una persona de enorme valor en el ministerio, la subdirectora Mariluz Peñacoba, y colaborar con un



antiguo alumno mío y hoy gran amigo, Rafael Llavori, que después y hasta ahora trabaja en el sector internacional de la ANECA. También fue muy gratificante conocer a muchos cientos de estudiantes que querían aprender a investigar, sobre todo a los más jóvenes del bachillerato. Cuando dejé estos puestos me alegró poder ponerlos en manos de gente tan competente como el arqueólogo Jesús Jordá para los jóvenes y la física Mar García Hernández para los universitarios.

5. Conclusión

Escribiendo este texto me han vuelto a sorprender los muchos giros que ha dado mi carrera, un modelo que no es muy habitual: si miro a mi alrededor veo más bien lo contrario, con la mayoría de la gente concentrada en uno o unos pocos temas en los que pueden llegar a ser maestros (pero ya decía Edward Said que los «especialistas» saben cada día más de una cosa, y menos de todas las demás...). Con independencia de cuál de las dos actitudes sea mejor o peor, supongo que la elección tiene que ver con la idiosincrasia de cada uno. En el colegio me llamaban «aventurero», y seguramente la explicación de mi conducta, como la de todos, radique en algún tipo especial de combinación genética, lo mismo transmitida desde mis antepasados asturianos que en tan gran número cruzaron el charco para hacer las Américas.

Desde que me he jubilado la vida ha cambiado en poco. Aunque ya no doy clase (lo que le ha venido mejor a mi cuerpo que a mi mente), sigo haciendo las mismas cosas, intentando que el pasado no me absorba y pueda ir poco a poco empezando algo nuevo, y practico la «jornada intensiva»: trabajo por las mañanas y las tardes las dedico a leer y oír música. Algunos días hago de voluntario en la mayor ONG dedicada en España a ayudar a los refugiados, donde hablo en francés con africanos para que se sientan menos perdidos, además de explicar la historia de Madrid y de España a los cada vez más frecuentes emigrantes latinoamericanos.. También puedo por fin empezar un libro y terminarlo, mientras estímulo mi cerebro, como ya dije, con las radios africanas en internet o escuchando a Bach o Monteverdi, y a veces imagino que ha llegado el momento, como dice el viejo romance, de los «placeres tomar» (Figura 7).

Madrid-Gijón 2019. 🌱

Bibliografía

ALTED VIGIL, A.; AUBERT, P. (1995). *Triunfo en su época*. Madrid: Casa de Velázquez.

ASSOULINE, P. (2015). *Le siècle de Claude Lévi-Strauss. Sur les traces de l'auteur de « Tristes tropiques »*. www.arte.tv.

CAMPRUBÍ, L. (2017). *Los ingenieros de Franco. Ciencia, catolicismo y Guerra Fría en el estado franquista*. Barcelona: Crítica.

FERNÁNDEZ, V. M. (1984). «Early Meroitic in Northern Sudan: The assessment of



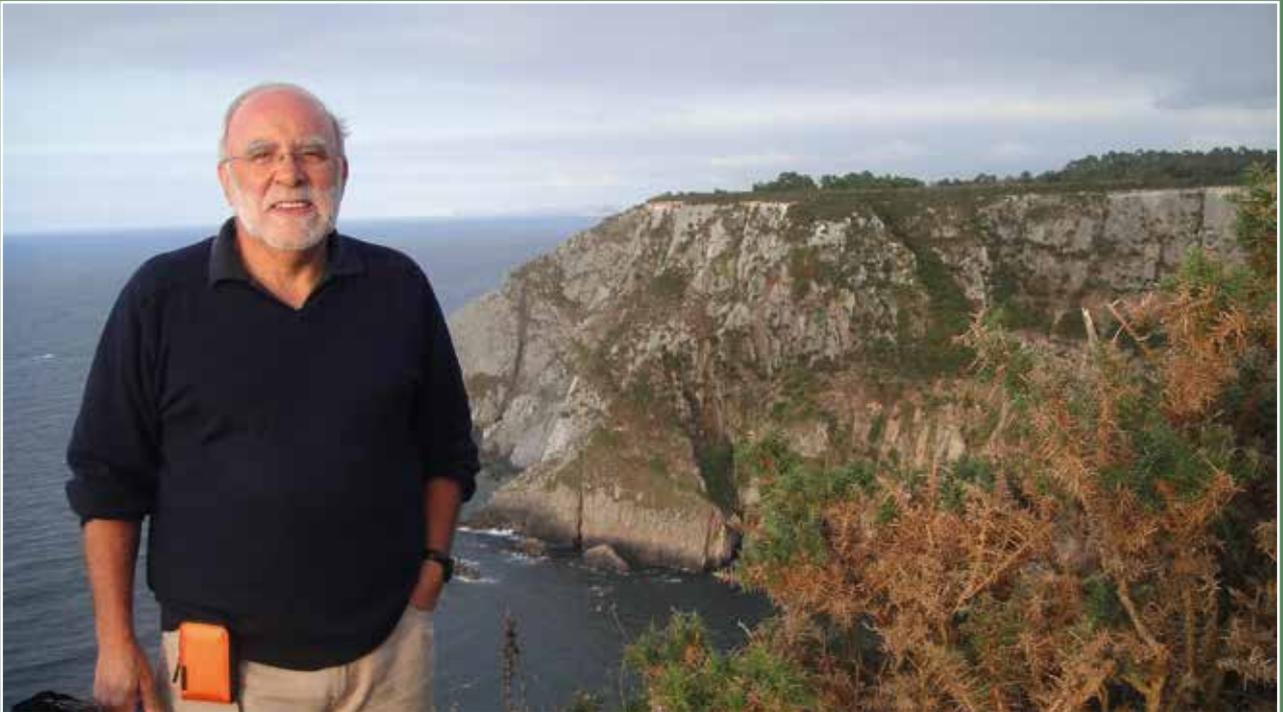
- a Nubian archaeological culture». *Aula Orientalis: Revista de Estudios del Próximo Oriente Antiguo*, 2 (1): 43-84.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1985a). *La cultura Alto-Meroítica del Norte de Nubia: (Evolución de la cultura material y el ritual funerario en el Norte de Nubia del siglo III al I a. C.: la necrópolis de Amir Abdallah)*. Madrid: Universidad Complutense.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1985b). «La seriación automática en arqueología: introducción histórica y aplicaciones». *Trabajos de Prehistoria*, 42: 9-50.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1989). *Teoría y método de la arqueología*. Madrid: Síntesis.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1991). «La arqueología de la imaginación. Notas sobre literatura y prehistoria». *Arquítica*, 2: 3-6.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1994). «Etnoarqueología: una guía de métodos y aplicaciones». *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 49 (2): 137-170.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1996). *Arqueología prehistórica de África*. Madrid: Síntesis.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1997). «Desenterrando la risa: Una aproximación a la arqueología y el humor». *Complutum*, 8: 335-368.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2000). *Teoría y método de la arqueología* (2ª edición). Madrid: Síntesis.
- FERNÁNDEZ, V. M. (ed.) (2003). *The Blue Nile Project. Holocene Archaeology in Central Sudan*. *Complutum*, 14: 197-425.
- FERNÁNDEZ, V. M. (2003). «An archaeological exploration of the Blue Nile in January-February 2000». *Sudan & Nubia: The Sudan Archaeological Research Society Bulletin, London*, 7: 85-90.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2006). *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Barcelona: Crítica.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2007). *Prehistoria. El largo camino de la humanidad*. Madrid: Alianza.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2011a). *Los años del Nilo. Arqueología y memoria de Sudán y Etiopía*. Madrid: Alianza.
- FERNÁNDEZ, V. M. (2011b). «Schematic Rock Art, Rain-making and Islam in the Ethio-Sudanese Borderlands». *African Archaeological Review*, 28(4): 279-300.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2012). «Teoría del discurso y paradigmas arqueológicos». *Complutum*, 23 (2): 51-68.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2015). *Arqueo-estadística. Métodos cuantitativos en arqueología*. Madrid: Alianza.
- FERNÁNDEZ, V. M. (2016). «Learning to be scientific: The introduction of the 'New Archaeology' in Spain, 1975-1990». En Delley, G. et al. (eds.). *History of Archaeology: International perspectives: Proceedings of the sessions organized by the History archaeology scientific commission at the XVII world UISPP Congress held in Burgos in 2014*. Londres: Archaeopress: 99-110
- FERNÁNDEZ, V. M. (2018). «The Amir Abdallah cemetery (Abri, Sudan) and the emergence of Meroitic social complexity». En HONEGGER, M. (ed.). *Nubian Archaeology in the 21st century: Proceedings of the 13th International Conference for Nubian Studies, Neuchâtel, 1-6 sept. 2014*. Lovaina: Peeters: 473-480 (*Orientalia Lovaniensia Analecta*; 273).
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (2019). *Las misiones jesuitas ibéricas de Etiopía (1557-1632)*. Madrid: AECID.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M.; GONZÁLEZ UCEDA, A. (1984). «La muralla romana». En Argente Oliver, J. L. y otros, *Tiermes II. Campañas de 1979 y 1980*. Madrid: Ministerio de Cultura: 197-291 (*Excavaciones Arqueológicas en España*; 128).
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M.; RUIZ ZAPATERO, G. (1984). «El análisis de territorios arqueológicos: una introducción crítica». *Arqueología Espacial*:

- Revista del Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 1: 55-72.
- FERNÁNDEZ, V. M.; JIMENO, A.; MENÉNDEZ, M.; TRANCHO, G. (1989). «The Neolithic site of Haj Yusif (central Sudan)». *Trabajos de Prehistoria*, 46: 261-269.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M.; FERNÁNDEZ LÓPEZ, G. (ed.) (1991). *Aplicaciones informáticas en arqueología: Actas de la reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, Madrid, 8-9 de octubre de 1990*. Madrid: Editorial Complutense (Complutum; 1).
- FERNÁNDEZ, V. M.; GONZÁLEZ RUIBAL, A.; LUQUE, L.; TORRE, I. DE LA; LÓPEZ SÁEZ, J. A. (2007). «A late Stone Age sequence from West Ethiopia: The sites of K'aaba and Bel K'urk'umu (Assosa, Benishangul-Gumuz Regional State)». *Journal of African Archaeology*, 5(1): 91-126.
- FERNÁNDEZ, V. M.; TORRES, J. DE; MARTÍNEZ D'ALÒS-MONER, A.; CAÑETE, C. (2017). *The Archaeology of the Jesuit Missions in Ethiopia (1557-1632)*. Leiden: Brill.
- FERNÁNDEZ, V. M.; MARTÍNEZ D'ALÒS-MONER, A.; TORRES, J. DE (en prensa). «Excavating the Jesuit Façade of Gorgora Nova in Amhara, Ethiopia. Archaeology and Community Heritage Management of Susinyos's Contested Stones». En MANZO, A., LUSINI, G. eds. *Homage in memory of Rodolfo Fattovich*. Nápoles.
- GLYNOS, J.; HOWARTH, D. (2007). *Logics of Critical Explanation in Social and Political Theory*. Londres: Routledge.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2014). *An Archaeology of Resitance. Materiality and Time in an African Borderland*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A.; FERNÁNDEZ, V.M. (2007). «Exhibiting cultures of contact: a museum for Benishangul-Gumuz (Ethiopia)». *Stanford Journal of Archaeology*, 5: 30 p. (Archaeology, Ethics, and Globalization. Stanford Archaeology Center, Universidad de Stanford, 18-19 de febrero de 2006).
- KUHN, T. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KUPER, A. R. (1973). *Antropología y antropólogos. La escuela británica (1922-1972)*. Barcelona: Anagrama.
- LACLAU, E.; MOUFFE, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI, México.
- MENÉNDEZ FERNÁNDEZ, M.; JIMENO MARTÍNEZ, A.; FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1997). *Diccionario de Prehistoria*. Madrid: Alianza Editorial. Segunda edición revisada en 2011.
- PAOR, M. Y PAOR, L. DE (1960). *Early Christian Ireland*. Londres: Thames and Hudson.
- PAOR, L. DE (ED.) (1993). *Milestones in Irish History*. Cork: Mercier Press.
- REVERTE, J. (2001). *Dios, el diablo y la Aventura. La historia de Pedro Páez, el español que descubrió el Nilo Azul*. Barcelona: Plaza y Janés.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. L.; TORRES, J. DE; FERNÁNDEZ, V. M. (2017). «The Swahili occupation of The Quirimbas (northern Mozambique): The 2016 and 2017 field campaigns». *Nyame Akuma*, 88, December: 56-63.
- RUIZ ZAPATERO, B.; FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. (1985). «Cortes de Navarra: un modelo económico de la 1ª Edad del Hierro en el Noreste de la Península Ibérica». En *XVII Congreso Nacional de Arqueología: Logroño 1983*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales: 371-392.
- SCHMIDT, P. R. (1978). *Historical Archaeology. A Structural Approach in an African Culture*. Westport: Greenwood Press.
- TILLEY, C. ed. (1990). *Reading Material Culture. Structuralism, Hermeneutics and Post-Structuralism*. Oxford: Basin Blackwell.
- TRANCHO GALLO, G. (1987). *Estudio antropológico de una población meroítica sudanesa*. Madrid: Universidad Complutense, Tesis doctorales.



Figura 17. Visita a Petra, Jordania.
2018.

Figura 18. En la costa asturiana,
Cudillero, 2009.



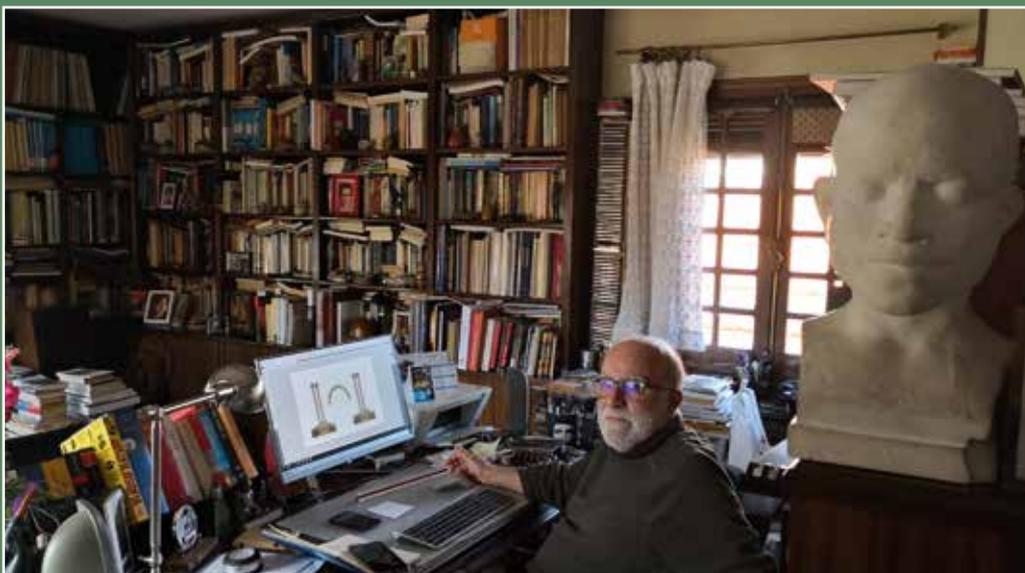


Figura 19. Víctor Fernández en su estudio, Madrid, 2019.

Figura 20. Presentación de las VII Jornadas de Arqueología Española en el Exterior de 2019, organizadas por APIAA en homenaje a Víctor Fernández. De izquierda a derecha, Mario Menéndez Fernández, Fructuoso Díaz García, Víctor Fernández y Gonzalo Ruiz Zapatero.



Figura 21. Juan R. Muñoz Álvarez presenta a Marisa Ruiz-Gálvez y Carlos Cañete en la segunda sesión de las VII Jornadas de Arqueología Española en el Exterior. 2019.